

“EL CINE: UN ARTE EN SU INFANCIA”

por **Silvio Caiozzi García**

“Mamá...Papá... ¿me pueden prestar una de sus sábanas?... es por un ratito, nomás”.

Tres de mis mejores amigos me ayudan a colgar el “telón” al fondo del patio de la casa. Era un ventoso domingo de fines de invierno. Mis padres miran con curiosidad tratando de no entrometerse; mientras yo, sosteniendo en mis brazos el regalo de mi cumpleaños, me alejo del telón lo más que puedo para que el proyector, que más bien parecía un juguete, pudiera crear una imagen tan gigantesca como las del cine de verdad.

Al anochecer, estallan los aplausos de un pequeño grupo de niños del barrio al ver las luces y sombras que apenas iluminan la sábana. El viento hace mover el “telón”, y con él se mueven las calles, las casas y los cerros provocando no pánico... si no que algarabía, risas y divertidos gritos de “terremotooooo”. Mis padres sonrían asumiendo con entrega un posible destino de su hijo.

Durante varios domingos se repetía la misma audiencia, las mismas tres películas de cortísima duración, y la misma brisa de invierno. A esas alturas, estoy seguro que mis padres ya habían comprado nuevas sábanas donando las antiguas para el desarrollo del séptimo arte.

Mi querida audiencia ya no respondía con la alegría y entusiasmo de antes. Yo debía dar un vuelco al espectáculo... crear algo original... no esperado. Repentinamente se me ocurre detener bruscamente la pequeña manivela del pequeño proyector. Todos se paralogizan. El gordo, que nunca supe si era Laurel o Hardy, contempla inmóvil con su rostro lleno de crema de torta.

En el centro de la imagen se comienza a formar rápidamente un agujero que crece tiñendo el blanco y negro de la pantalla de un alarmante color naranja. Ahora sí que surgen algunos gemidos de pánico en la audiencia. Antes de que la imagen se quemara totalmente, y evitando que el celuloide se corte, giro en sentido contrario y a gran velocidad la pequeña manivela del pequeño proyector. Una torta se despegó del rostro del gordo limpiándolo de crema... esta vuela por los aires sin que antes nadie la lanzara, y va a caer en las manos del flaco que nunca supe si era Laurel o Hardy. El pánico de la audiencia se ha transformado en nuevas risotadas, gritos y aplausos.

Durante la semana armo y desarmo el juguete que me asombra, y asombra a mis amigos. Jamás pierdo una pieza o un tornillo por pequeño que fuera, porque para mí se había transformado en una verdadera obsesión poder entender el secreto mágico de esta tecnología. La misma obsesión y asombro la habían sentido, muchísimos años atrás, miles de fotógrafos, artistas y público que impactados frente a una realidad proyectada, huían de la sala de exhibición para no ser atropellados por ese tren que amenazaba desprenderse velozmente del telón.

Todo este cuento autobiográfico que les narro... es una gran trampa. Mi único interés es lograr la atención de ustedes para poder explicarles que el cine, esta nueva expresión artística, surge de un descubrimiento tecnológico que en un comienzo solo pretendía ser un juguete, un espectáculo circense, un *show* de malabares mágicos para cautivar audiencias, y para algunos, intentar obtener algún beneficio económico del espectáculo. Los más serios pensaron que era una nueva forma útil solo para conservar los acontecimientos históricos. Y tenían razón... solo en parte.

Resulta interesante destacar que el arte del cine surge de motivaciones muy diferentes a las de otras Bellas Artes. La pintura y la escultura, por ejemplo, surgen de la necesidad de conservar en los muros de la caverna de algún hombre primitivo las imágenes de su vida cotidiana. La escritura se crea

por la necesidad de fijar y transmitir conocimientos, conceptos, reglamentos y también hechos históricos. La música, como una irrefrenable necesidad de expresar la alegría o la rabia colectiva contoneando el cuerpo al ritmo de sonoros golpes sobre el tronco hueco de algún árbol caído. El teatro, la danza, las artes de la representación aparecen como una necesidad en el desarrollo del ser humano, para transmitir y acoger emociones y pensamientos.

En cambio el cine, miles de años después del surgimiento de otras artes, comienza con el descubrimiento de una curiosidad tecnológica en un mundo de seres “evolucionados” que necesitan asombrarse y entretenerse en sus ratos de ocio.

Como nos estamos poniendo demasiado serios, voy a volver a mi tramposa narración autobiográfica.

Que me perdone Chaplin... pero, acelerando, deteniendo, girando en reversa la manivela de mi juguete-obsesión, yo lograba que el gran bufo de todos los tiempos actuara como yo quería. La manipulación sádica que todo director de cine tiene adentro, había comenzado a aparecer. El pobre Chaplin corría, se tropezaba, saltaba a una velocidad que jamás soñó. Mi audiencia reía con escenas que el genio nunca planificó que fueran cómicas. A cada minuto yo descubría nuevas formas de manipular esta tecnología para lograr algún impacto en mis espectadores que ya sumaban la treintena. Claramente, mi espíritu nunca fue el de un productor, ya que lamentablemente jamás se me ocurrió exigir ni siquiera un caramelo como el valor de la entrada. Lo que realmente me alucinaba eran las infinitas posibilidades que me daba este mágico juguete para crear y transmitir diferentes emociones.

Hasta que, por supuesto, mi proyector se hechó a perder. Pero no importó, porque mi obsesión por el cine me empujó a no perderme ninguna nueva aventura que me ofrecía la gran pantalla. Me transformé en un disciplinado

espectador. Hasta que un inesperado día, en mi adolescencia, experimenté el que fuera quizás el instante en que mi personalidad de cineasta se consolidó plenamente.

No podía perderme el más importante de los estrenos de esos tiempos: “El puente sobre el río Kwai”. Con los ojos muy abiertos disfrutaba de la historia inspirada en hechos reales y mezclada con segmentos extraídos de más de alguna novela. Me sorprendía la calidad de los parlamentos repetidos seguramente muchas veces en otras películas y en obras de teatro. Me encandilaba con la gigantesca imagen a todo color inspirada en obras de grandes fotógrafos y artistas del pincel. Y mi pie se movía al ritmo de aquella contagiosa melodía que el mundo entero silbó por años. Se aproximaba el final de la película. Los actores que hacían de prisioneros se rebelaban y enfrentaban a los actores que hacían de soldados. Surgen impactantes explosiones que parecen de verdad y que son el resultado de siglos de experimentos pirotécnicos en innumerables espectáculos circenses y teatrales. Todos mueren. El horror y el terror han acallado incluso a los exóticos pájaros de aquella selva virgen. La típica palabra FIN debía aparecer junto con los primeros y dramáticos acordes inspirados quizás en alguna ópera de Wagner. ¡Pero no...! Continuó un silencio espeluznante mientras la cámara se elevaba flotando y deslizándose por el aire junto a un ave de rapiña que fijaba sus ojos en el único resultado de toda guerra: la muerte y la destrucción total.

El único sonido era el suave murmullo del viento deslizándose entre las blandas plumas del buitre...

Estaba paralogizado en la butaca...

Había descubierto que el cine podía ser mucho más que un simple juguete entretenido. Que podía expresar, en un lenguaje propio e independiente de otras formas de expresión, las emociones, sensaciones y contenidos más poderosos que yo haya experimentado hasta ese momento. Era imposible narrar con palabras aquello que ese momento de gran cine me hacía sentir.

Imposible que una foto o un cuadro me hicieran ver exactamente lo que veía. Imposible que una obra musical pudiera hacerme oír la música de aquel silencio cinematográfico...

Creo recordar que aquellas fueron las primeras lágrimas de emoción que me llenaron de vergüenza al encenderse las luces de la gran sala de cine.

Lo que voy a decir es algo que siempre ha provocado reacciones adversas. Les ruego que no me linchen de inmediato y que me concedan algunos minutos para intentar explicarme un poco mejor de cómo lo he hecho hasta ahora.

En su magnífica exposición de ingreso a la Academia, Carmen Aldunate declaró que los artistas somos ladrones... ladrones de realidades. Yo ahora quisiera decir que los cineastas somos ladrones de otros artistas. Aquí se podría aplicar aquello de que “ladrón que roba a otro ladrón tiene cien años de perdón”.

El cine, y cuando hablo de cine me refiero a todas las formas que lo conforman (el video, la televisión, los esquemas digitales, computacionales, etc.), aún no ha podido independizarse plenamente de otros lenguajes de expresión artística. Quienes hacemos cine aún tenemos que aferrarnos a descripciones literarias; a formas teatrales de creación de personajes, diálogos y situaciones dramáticas; a recursos pictóricos archiconocidos para crear ambientes visuales que provoquen una determinada sensación; y a nuestro aliado más tramposo: la música. Gracias a ella podemos disfrazar a veces el escaso dramatismo logrado apenas con la imagen; disfrazar la débil comicidad con un divertido acorde; los mentirosos y repetidos efectos visuales que una apropiada y efectista música puede transformar en “impactantes”. Hagan ustedes mismos la prueba: corten el sonido del televisor que muestra una entretenidísima película llena de violencia y acción, y verán que sin el apoyo de la música se transforma en una apacible y aburrida sucesión de primeros planos de

rostros inexpresivos; de dedos que presionan gatillos; de autos en miniatura que estallan por los aires pretendiendo ser reales; o de bellas mujeres que hacen serios esfuerzos por poner “cara de susto”.

Lamentablemente los instantes de cine... CINE... han sido escasísimos. Les ruego que no me interpreten mal: no estoy diciendo que no existan grandes películas. Las hay... y muchas. Incluso son admirables algunas cuya finalidad fue solo la entretención. Me estoy refiriendo al cine como una posibilidad de lenguaje artístico 100% puro, original e independiente. Creo que aún no existe ninguna película que tenga estas características en su totalidad. Solo he visto que esto sucede en algunas escasas escenas de algunas grandes películas... en “El Pasajero” de Antonioni, por ejemplo. O en la escena de “Fellini 8 1/2” en la que la asistente de un mago escribe en un pizarrón la palabra “Asa nisi masa” transmitida telepáticamente. O ese pavo real, que posado sobre la fuente de agua de la plaza del pueblo totalmente nevada, abre su hermosa cola creando uno de los pocos momentos repletos de belleza poética 100% cinematográfica.

El propio Fellini solía decir que, aunque fuera un despilfarro de dinero, prefería utilizar una escenografía de una estación de trenes o de un gigantesco barco lleno de luces en el medio del mar, para lograr aproximarse a una creación cinematográfica y conceptual de “LA” estación de trenes, “EL” buque lleno de luces. ¿No estaba acaso Fellini en la búsqueda constante de ese lenguaje 100% puro cinematográfico? ¡Y lo logró!... en algunos momentos..., ¡lo logró!

No se puede esperar otra cosa... el cine es un bebé... a lo más un preadolescente que acaba de soplar su primera velita celebrando su primer cumpleaños; o más bien dicho, su primer cumpleaños. Es un cumpleaños feliz y lleno de expectativas. Tal vez, lo más atrayente del cine radica en que es tan nuevo que está recién comenzando a evolucionar; y aún es una gran aventura artística cuyo camino no está totalmente resuelto. Como niño o preadolescente, el cine sufre de rabietas, de inseguridades, de no saber

realmente a qué atenerse. Hasta hace muy poco ni siquiera era capaz de preservar sus obras contra la destrucción del paso del tiempo. La pintura con Leonardo da Vinci no tuvo este problema; y gracias al desarrollo durante siglos en las técnicas de fabricación de oleos, Leonardo pudo lograr que siglos después admirásemos aquella enigmática sonrisa de aquella enigmática mujer llamada Gioconda. Esa sonrisa representa la culminación de miles de años de desarrollo del maravilloso arte de la pintura. Los “Leonardos”, los “Mozarts”, los “Shakespeares” del cine aún están en la infancia. Quedan muchos cumple siglos por celebrar.

Hoy el cine está en guerra. Hay quienes luchan para conseguir que sea un gran negocio; otros, para que sea una gran herramienta de proselitismo ideológico; los menos, para que se consolide como un nuevo lenguaje artístico: el Séptimo.

Y esta guerra es más fuerte de lo que parece. Mientras en Estados Unidos el cine es considerado como una industria de la entretenición, y se hacen leyes para entregar la total propiedad de la obra al empresario, en Europa se mejoran leyes que defienden la propiedad intelectual del creador.

El cine puede penetrar culturalmente el mundo entero. Visto así, el cine puede ser la mejor herramienta de expansión comercial posible. La forma de vida estadounidense invadió el mundo a través del cine; y todos queremos masticar sus chicles, beber sus refrescos, vestir sus *blue-jeans*. En pocas palabras, comprar sus productos. Imagínense que el cine chileno pudiera algún día crear la moda en el mundo de consumir exclusivamente vino chileno. Nos transformaríamos de inmediato en una gran potencia económica.

¿Qué es el cine?... ¿Penetración político-cultural-empresarial?... ¿Arte?... ¿Industria de la entretenición?... Los industriales del negocio audiovisual han tendido a paralizar el desarrollo del lenguaje cinematográfico como expresión artística. No les resulta rentable el experimento creativo; no les

gusta tomar riesgos en la búsqueda de la originalidad expresiva. Es mucho más cómodo y seguro utilizar la “receta” una y otra vez; y los talentosos creadores de la brillante década de los sesenta, dejaron de recibir el apoyo de los grandes estudios cuando presentaban guiones que no contemplaran la “receta” para el éxito de taquilla. Y el desarrollo del lenguaje cinematográfico se lentificó hasta la casi paralización absoluta. Nos llenamos de películas basadas en más y más efectos visuales que solo requieren de dinero y de no mucha creatividad. La inversión publicitaria pasó a ser mucho más importante que la inversión en la película misma. Gigantescas películas que lograron gigantescas sumas de dinero como “Titanic”; y gigantescos fracasos de películas-receta como “Waterworld”, que provocaron la pérdida de cuantiosas sumas de dinero. Pero de esto no se habla. Se promociona solo el concepto de que el público solo quiere entretenimiento ya probado... nada nuevo. No hay duda de que para algunos el ideal es crear un público-ganado que consuma el mismo producto una y otra vez, y que no tenga la posibilidad de descubrir otro tipo de expresión cinematográfica que no sea la receta de siempre. Así no nos exigen originalidad, ni experimentación, ni desarrollo, ni nada de nada. Solo que automáticamente el público se meta la mano en el bolsillo para pagar la entrada para ver lo mismo de siempre.

En mi opinión este es un concepto empresarial cortoplacista y suicida. De hecho, el cine en pantalla grande estuvo a punto de quebrar; y las nuevas generaciones parecieran no estar demasiado proclives a la aceptación de la receta típica. Los grandes estudios de Hollywood han tenido que abrirse a nuevas ideas y han tenido que incursionar en coproducciones para renovar sus potencialidades. El público no es tonto... no por mucho tiempo.

¡El desarrollo del lenguaje cinematográfico no puede detenerse! Ese niño-adolescente seguirá creciendo hasta lograr obtener un cóctel-creativo cuyos diferentes ingredientes estén balanceados de tal manera que surja un sabor-artístico único e irrepetible. Un cóctel muy diferente al de las otras Bellas Artes. Con una pizca de industria, otra de ideología, otra de promoción,

varios cubitos de tecnología muy especializada en constante evolución, endulzado con la participación colectiva de tantos artistas, técnicos, escritores, directores, productores al servicio de un arte cuyo resultado no depende exclusivamente de uno de ellos, sino que de todos.

Estoy feliz de ser cineasta; y solo me queda desear que algún día se me acerque un pequeño de enormes ojos muy abiertos, y que me diga:

“¿Me puedes prestar tu telón virtual, abuelo?... es por un ratito, nomás”.

Y tener la alegría de ver cómo consolida en ese telón virtual la imagen de una maravillosa sonrisa virtual, de alguna enigmática mujer virtual, y así poder soñar, pensar y sentir emociones maravillosas que no tendrán nada de virtual.